

LA FILIACIÓN, ELEMENTO CONFIGURADOR DE LA IDENTIDAD CRISTIANA.

Aplicaciones a la pastoral juvenil.

Juan Martín Askaiturrieta¹

En la pastoral juvenil son muchos los interrogantes que surgen con el único interés de suscitar en los jóvenes una experiencia creyente que les lleve a vivir su identidad cristiana con hondura. Desde la firme convicción de que hoy en nuestra sociedad se puede ser cristiano joven, nos planteamos: ¿por qué no “salen” más cristianos maduros de las catequesis de jóvenes? ¿qué tenemos que cuidar de manera especial en los procesos de fe para que el joven pueda integrar la fe en su vida real al comenzar su vida adulta? ¿dónde hay que poner el acento? ¿qué experiencias fundamentales debemos provocar en el joven? Sabiendo que no hay recetas mágicas, la oportunidad de realizar una tesina (resumida en este artículo) en el Instituto San Pío X me ha llevado a fijar mi atención en un aspecto que considero central: la filiación como elemento configurador de la identidad cristiana. Mi trayectoria creyente, la experiencia pastoral con los jóvenes y la reflexión que he podido realizar en los estudios de Catequética en San Pío X me han llevado a subrayar la dimensión teológica de la fe como aspecto a recuperar en la pastoral juvenil.

No hay otro camino para ahondar en la identidad cristiana que no pase por la identidad de Jesús. ¿Cuál fue la experiencia fundante

¹ Religioso claretiano. Profesor del Colegio Claret de Bilbao.

de la identidad creyente de Jesús? La FILIACIÓN. Estamos hablando de la identidad más honda de Jesús: Hijo amado, identidad que pone el marco a todo su ser y obrar. Si esa honda vivencia fue la que definió su identidad, y le impulsó a vivir lo que vivió, tendremos que posibilitar que en nuestros procesos de fe sea un punto capital. La filiación, por tanto, configuró la vida de Jesús y consecuentemente también toda identidad cristiana. Este trabajo quiere ser una reflexión en voz alta sobre la necesidad de ahondar en la identidad de Jesús, cómo nos afecta esa identidad a la hora de diseñar los itinerarios de fe y los subrayados que hacemos en el mismo con el deseo de que los jóvenes puedan vivir su identidad cristiana con hondura.

ANÁLISIS JUVENTUD ESPAÑOLA (INFORME JOVENES 2010)

Como punto de referencia principal tomo el informe de la juventud española Jóvenes 2010². Basándome en el citado informe recojo las características generales que configuran la identidad de los jóvenes haciendo especial hincapié en la vivencia que tienen de la dimensión religiosa.

Elementos configuradores de la identidad del joven

Siendo conscientes de que no hay un solo aspecto determinante en la identidad juvenil, presentamos los rasgos configuradores de la juventud española.

La familia, factor fundamental de identidad. Alta valoración de la familia, lo que produce entre los padres e hijos un gran consenso ideológico que condiciona mucho lo religioso.

Modelados por la sociedad del consumo. Es significativo que el rasgo más utilizado por los jóvenes de 21-24 años para describirse a sí mismos sea el de consumistas.

2 Jóvenes españoles 2010, Fundación SM, Madrid, 2010.

Pérdida de ideales y confusión moral. El interés de los jóvenes se reduce prácticamente a su ámbito más cercano de relaciones, constatándose unos niveles muy bajos de compromiso con causas o situaciones que salgan de ese círculo.

Incertidumbre y pesimismo ante el futuro. Partiendo del presentismo de la personalidad posmoderna el informe nos muestra un perfil mayoritariamente pesimista respecto al futuro.

Apatía socio-política. El perfil que se nos ofrece es el de un joven cuyo centro de interés y atención se reduce a su esfera íntima, constituida exclusivamente por su familia y sus amigos, por lo que está prácticamente ausente de los grandes proyectos sociales.

Visión negativa de sí mismos. Los rasgos con los que los jóvenes se caracterizan son mayoritariamente negativos (consumistas, egoístas, con poco sentido del deber...). No es casual que los rasgos más positivos (solidarios, trabajadores, generosos...) estén a la cola del grupo.

Conclusión. No se trata de presentar un cuadro negativo y pesimista sobre los jóvenes sino de hacer una lectura creyente de estos datos para que seamos capaces de leer sus demandas vitales más hondas de manera que nuestras propuestas pastorales sepan darles respuesta.

Elementos configuradores de la identidad del joven cristiano

Nos centramos ahora en la religiosidad de los jóvenes (capítulo III informe): ¿cómo viven la religión? ¿cómo vive el joven cristiano su fe? El contexto social y la desocialización religiosa familiar explican la poca importancia que los jóvenes dan a la religión. Aunque la mitad de ellos se definen católicos esa autoidentificación católica poco tiene que ver con el seguimiento de Jesús. Nos preguntamos: ¿en qué se basa la identidad cristiana de los jóvenes? Los datos radicales de la identidad cristiana (Jesucristo, filiación,

Reino, seguimiento, comunidad, oración, compromiso, eucaristía, misión) no están presentes en la identidad cristiana de los jóvenes. Nos encontramos con una religiosidad psicossociológica muy lejos de una religiosidad madura.

Demandas implícitas que afloran de ese análisis

De las diferentes demandas que encontramos en los datos del informe nos detenemos en dos que son significativas para este estudio.

Los jóvenes con identidad fragmentada demandan una vida unificada en el amor incondicional. La alta valoración de la familia (en muchos casos añoranza de lo que no tienen), el miedo a la soledad y la necesidad imperiosa de relaciones nos hace ver la fuerte necesidad que tienen de estar acompañados. Percibimos aquí una demanda fuerte de relaciones de confianza y cercanía, de amor incondicional, gratuito.

Unido estrechamente a esto encontramos la demanda de una vida unificada. La vida fragmentada que muchos llevan les impide construir una identidad sólida, lo que les imposibilita a abordar el futuro con un sentido, con un proyecto que aglutine sus fuerzas y les ilusione. Esta fragmentación del yo incide también, en el lugar que ocupa la fe en muchos jóvenes: un compartimento paralelo a la vida y con escasa referencia a Dios. Esta demanda entra de lleno en la propuesta pastoral desde la convicción de que el seguimiento de Jesús ayuda al joven en esa tarea de unificar su vida. Pretender que un joven de 21-24 años tenga la fe como centro configurador quizá sea pedir mucho, pero sí creo que podemos aspirar a que un joven vaya experimentando cómo la fe en Jesús va iluminando y configurando progresivamente los distintos ámbitos de su vida (todos). Y para ello, como no puede ser de otra manera, se hace del todo imprescindible que los jóvenes vean y conozcan referentes biográficos en quienes vean encarnada una vida unificada que se conviertan, a su vez, en compañeros de camino.

Hoy ser joven cristiano requiere una identidad fuerte

Los jóvenes cristianos tienen dificultad para vivir su identidad cristiana en la universidad, en el mundo laboral; ser creyente-testigo pide una identidad definida para ser “diferente” y significativo en un contexto tan adverso. Es comprensible que los jóvenes de hoy perciban la dificultad de conciliar la vida cristiana con muchos de los criterios que se nos imponen en la sociedad. La identidad cristiana tiene un fuerte carácter diferencial-alternativo por no colmular criterios y valores de la sociedad, pero eso no significa que tenga que vivir ajeno a la propia cultura. La espiritualidad de la levadura en la masa (no al margen de ella) pide una fuerte identidad cristiana para “estar en el mundo sin ser del mundo”. Tenemos que afirmar, por tanto, que se puede ser cristiano joven en nuestra sociedad de hoy, pero sin perder nunca de vista el carácter contracultural de nuestra fe, que aflora especialmente en una sociedad con valores tan contrarios al evangelio como la nuestra. O hacemos opción seria por vivir el evangelio o de lo contrario iremos poco a poco asimilando los pensamientos, criterios y acciones que nos impone la sociedad (como cuando a uno se le pega en la ropa el olor a tabaco aunque uno no fume).

Teniendo esto en cuenta, la pregunta que cuestiona nuestros procesos de pastoral con los jóvenes es la siguiente: ¿va configurando, de hecho, la fe sus vidas? Hablamos de la repercusión de la identidad cristiana en las actitudes y opciones vitales de los jóvenes. El informe refleja una escasa influencia de la religión en la vida personal de los jóvenes, aunque también reconoce que sí hay influencia en aquellos jóvenes que dan importancia a la religión en su vida. Por tanto, para quienes se toman en serio su fe, ésta influye en las orientaciones prácticas de la vida diaria. Desde mi experiencia personal, me sumo a la afirmación de que los jóvenes que se toman en serio su fe cristiana despliegan algunas actitudes que permanecen dormidas en muchos de los que no son creyentes. En definitiva, estamos constatando, una vez más, cómo el encuentro personal con Jesús es capaz de transformar la vida de un joven e ir

generando en él las mismas actitudes de Jesús.

Conclusión. ¿Qué podemos decir de estas dos demandas que hemos señalado? ¿Puede el seguimiento de Jesús responder a la búsqueda de una vida unificada en el amor incondicional que piden los jóvenes? En el siguiente punto nos centraremos en Jesús, como aquel que unifica su vida entregándose a la construcción del Reino desde la experiencia filial que le hace sentirse y saberse hijo amado del Padre. Desde la fe afirmamos que es en la identidad cristiana donde uno descubre la identidad personal, añorada y buscada por los jóvenes.

ILUMINACIÓN TEOLÓGICA: LA FILIACIÓN DE JESÚS

“Jesús vivió una vida unificada, tuvo un deseo unificador y centrante: hacer la voluntad del Padre. Deseo que nace de su conciencia filial, su más honda identidad”³. Esta afirmación nos pone en el centro de la identidad cristiana: la identidad filial en Jesús vertebra y configura toda su persona, vida y misión. ¿Puede esto aportar algo a los jóvenes? Creemos profundamente que este dato teológico-espiritual debe ser tomado en serio como elemento estructurador de los procesos de pastoral juvenil.

La filiación de Jesús

Son muchos los prismas desde los que podemos acercarnos a Jesús, pero creemos que la filiación es el elemento radical de la vida y experiencia de Jesús; la identidad de Jesús es una identidad relacional. “La existencia cristiana está presidida por la categoría de relación [...] Jesús es totalmente relacional, todo su ser no es otra cosa que pura relación con el Padre”⁴. Encontramos en el pasaje del bautismo un momento muy significativo en la vida de Jesús donde se halla la gran afirmación del Padre respecto a Jesús: “Tú eres mi Hijo amado”. A partir de este momento, nada de lo que

3 J.A.García, *Esa eterna desconocida: la voluntad de Dios*, “Sal Terrae”, (Junio 2010), 509.

4 J.Ratzinger, *Introducción al Cristianismo*, Sígueme, Salamanca 13ªed.2005, 158,403.

Jesús vive o hace queda fuera de la mirada de Dios. Esta relación, que asume e interioriza como lo más propio, será su centro unificador. Saberse y sentirse hijo referido al Padre será su marco vital, la relación de la que nunca desconfiará. Pretender referirnos a Jesús fuera de esta convicción filial es hablar de otra persona totalmente distinta; el hecho de que el bautismo esté ubicado al comienzo de la vida pública, y al comienzo de la misión de Jesús, nos señala que toda su actividad curativa y sanadora por los caminos de Galilea fue expresión y concreción de esta identidad filial. Adentrarnos en la vivencia que Jesús tiene del Padre es el camino para acercarnos al misterio de la persona de Jesús de Nazaret. El Padre se le ha hecho a Jesús tan cercano que la palabra que brota en él es Abbá. Esto implica que el Padre es alguien en quien Jesús puede confiar y descansar, ya que se vive cuidado y sostenido por Él. Esta relación provoca en Jesús una actitud de confianza, que también incluye la obediencia, fidelidad y entrega a su querer. Confianza y disponibilidad al querer del Padre van de la mano: "Dios se le ha manifestado a Jesús como Padre, pero el Padre se le ha manifestado como Dios [...] La palabra de Jesús ante Dios es 'hágase tu voluntad'. Jesús aún la confianza en el Padre con la obediencia a Dios. El Padre sigue siendo Dios y Jesús le deja ser Dios"⁵.

Jesús tiene conciencia de que su identidad filial no es conquistada ni forzosamente impuesta, sino regalada. La experiencia del bautismo es experiencia de gracia. La filiación es ante todo don, y como todo don de Dios, es dirigido a nuestra libertad y en esta historia, pidiendo ser acogido en libertad para poder desplegarse en plenitud. Jesús aprendió a desplegar históricamente su filiación hermanante, que llegó a su plenitud en la Resurrección. Este despliegue de la identidad filial está íntimamente relacionado con la centralidad de la voluntad del Padre en la vida de Jesús. En el bautismo Jesús recibe identidad y misión; desde su identidad filial, Jesús asume como lo más propio el querer del Padre, que llega a ser la prioridad absoluta de su vida y misión. Por tanto, la apertura

5 J.Sobrino, *Conceptos fundamentales de pastoral*, Dios, Madrid 1983, 252-253.

y disponibilidad al querer del Padre podemos considerarlos, sin ninguna duda, como los signos claros de una vida filial. Esto exige entrega a la misión, a la causa del Reino, que no es sino el deseo del Padre de disfrutar contemplando la vida fraterna de todos sus hijos. Filiación y fraternidad van, por lo tanto, necesariamente unidos hasta el punto que podemos decir que Jesús vive referido desde el Padre a los hermanos. Es imposible concebir la filiación en términos individuales y al margen de los demás. Hablar de filiación exige, por tanto, hablar de fraternidad: "Sólo en la búsqueda de realización de la fraternidad puede el hombre llevar a cabo y hacer creíble su verdad como "proyecto de hijo". Por otro lado, "proyecto de hermano" es un título que implica necesariamente el proyecto de hijo" [...] "El Espíritu Santo no puede ser el espíritu de la filiación más que siendo el Espíritu de la fraternidad. Y viceversa. La prioridad entre estas dos formas de amor es mutua".⁶

Teniendo todo esto presente, podemos ver que la identidad filial en Jesús es una identidad vocacional en el sentido de que es unificadora y configuradora de su persona y de su vida temporal; es identidad que abarca y engloba toda su vida dándole unidad y significatividad.

Jesús nos comparte su identidad

El acercamiento a Jesús, que puede hacerse de muchas maneras, no puede hacerse en clave creyente sino desde una visión implicativa, existencial. No tiene mucho sentido ahondar en la identidad filial de Jesús si eso no implica nuestra vida. El único objetivo de acercarnos a la identidad filial de Jesús es que también nosotros podamos vivir todo lo que somos y hacemos desde esa clave relacional.

"Mirad qué amor tan grande nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, ¡pues lo somos!" (1Jn 3,1). Nuestra vocación básica consiste en ser hijos de Dios. Este es el sustantivo de nuestra vida.

⁶ J.I. Gonzalez Faus, Proyecto de hermano, Sal Terrae, 1991, 12,430.

El Padre de Jesús quiere ser Padre de la humanidad y para ello nos regala el mayor de los dones: el espíritu filial de Jesús. ¡Dios nos ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo! El Espíritu de Jesús en nosotros. ¿Hay algo más grande?

Decir que Jesús nos comparte su identidad filial significa que nos comparte todo lo que es, de modo que pasamos a participar de todo lo que es y hace: “La vocación cristiana descansa en la participación del ser y de la misión del Hijo”⁷. Su Abbá es también nuestro Abbá, su misión pasa a ser también la nuestra, sus hermanos también vienen a ser los nuestros, etc. Esto nos hace poner en primer plano la dimensión pneumatológica, tantas veces olvidada, ya que es el Espíritu Santo quien nos hace conscientes de nuestra filiación: “Crear no es solamente conocer algunos hechos de la vida de Jesús y ciertos usos de la Iglesia; es reconocer en la persona del Señor la revelación del Padre. Mas esto no es posible sino por la acción del Espíritu”⁸.

De igual manera que hemos apuntado al hablar de la identidad filial de Jesús que fue libremente acogida en su vida, esta vida filial que se nos regala pide también ser acogida por nosotros. Por tanto, somos hijos en el Hijo estando llamados a serlo, por lo que la filiación exige una clave dinámica. Esta misma idea la recoge Benedicto XVI cuando afirma: “Conviértete en lo que eres”, representa el principio educativo básico de la persona humana redimida por la gracia⁹. Desde esta óptica, hablar de pecado significará, por tanto, hablar de inconsciencia, convirtiéndose en una llamada a que nuestra vida coincida con nuestra verdad más honda.

Esa filiación que es desplegada y va haciendo nacer en nosotros el “hombre nuevo”, ¿qué rasgos adopta? Señalamos los siguientes:

7 S.Gamarra, Cristo jubileo del Padre, BAC, Madrid, 1997, 112.

8 Van den Bussche, citado en S.Castro, Evangelio de Juan, Comprensión exegético-existencial, Comillas, Madrid, 2001, 370 nota 41.

9 Benedicto XVI, citado en F. Sebastián, Evangelizar, Encuentro, Madrid, 2010, 413.

libres, obedientes, confiados, compasivos, orantes y hermanos. En todos estos rasgos aparecen entrelazados, como no puede ser de otra manera, la doble referencia de quien vive desde la identidad filial: el Padre y los hermanos. Esta vida filial no es algo teórico sino que ha calado y configurado la vida de muchos testigos como en el caso de San Antonio María Claret, cuyo empuje misionero-evangelizador nace de de esta honda conciencia filial.

OPCIONES PASTORALES

Teniendo en cuenta los puntos presentados anteriormente, ofrecemos una propuesta de pastoral juvenil que recoge algunos subrayados para que los jóvenes que están en procesos de fe puedan ir descubriendo y viviendo su identidad cristiana como centro unificador en sus vidas.

Pastoral juvenil en clave relacional

El acento primero en la pastoral no recae en el comportamiento, en el subrayado de unos valores, en el conocimiento de unos contenidos, en la adquisición de unos hábitos (por muy buenos y sanos que sean); no, el acento recae necesariamente en el aspecto relacional. Si la identidad de Jesús es relacional obviar esta dimensión como eje vertebrador de la pastoral es abocarla al fracaso. Es urgente entrar en ese ámbito relacional: la relación de Jesús con su Padre y la relación que Jesús nos ofrece. Así, una categoría que pasa a ocupar un primer plano es la de seguimiento de Jesús entendido en clave relacional, en clave de encuentro. Es significativo que la primera encíclica de Benedicto XVI, *Deus caritas est*, comience en su primer número señalando la centralidad del encuentro personal como clave de comprensión de la fe cristiana. Por tanto, lo decisivo es hacer la experiencia del Padre de Jesús, vivir inmersos en la “misericordia entrañable” del Padre; la vinculación afectiva a Jesús que recoge el DGC (80-81) es un aspecto nuclear.

Preparación humana para vivir la filiación: paso de una vida fragmentada a una unificada

La experiencia de filiación de Jesús es una invitación a la unicidad del yo. Ahora bien, teniendo en cuenta la dinámica de la encarnación con todas sus consecuencias, podemos fácilmente comprender que no cualquier situación humana es propicia para una apertura a la identidad filial. En este sentido, se hace del todo necesario recomponer en muchos casos el sustrato humano del joven de manera que su experiencia humana pueda abrirse a la experiencia de fe porque hay estilos de vida que dificultan mucho la experiencia de fe: “La pregunta por el Dios del Evangelio solo es posible en sujetos no atrapados en un exceso de preocupaciones por su yo”¹⁰. En ese sentido, queremos subrayar especialmente dos mediaciones que van unidas: el silencio y la Palabra. Silencio orientado a acoger en nuestras vidas la Palabra, que viene a recordarnos una y otra vez nuestra identidad, porque la Palabra, antes que decirnos qué tenemos que hacer, nos dice quiénes somos y quienes estamos llamados a ser. En este sentido, acercar y familiarizar a los jóvenes con la Palabra es ofrecerles una ayuda de primer orden para ir descubriendo la verdad sobre sus vidas más allá de conductas, actitudes y sentimientos.

Pasar de la psicología religiosa a la actitud religiosa

Hablar de psicología religiosa en los jóvenes significa reconocer en ellos una fe centrada en sus deseos y necesidades; la actitud religiosa, por otra parte, va naciendo en el momento en que nuestra vivencia religiosa va centrándose en la búsqueda del querer de Dios y brota en uno la disponibilidad para construir el Reino. ¿Espiritualidad que nos repliega sobre nosotros mismos o espiritualidad que nos descentra para darnos? Muy ligado a esto está el entender el elemento religioso dentro del paraguas de la autorrealización, con lo que ello tiene de distorsión del mensaje evangélico: perder la vida es ganarla. Así, la actitud religiosa se va formando en la medida en que el rostro de Dios va dejando de responder a las propias necesidades y deseos y nos hace disponibles a su querer

10 J.A.García, Ventanas que dan a Dios, Sal Terrae, Santander, 2011, 77.

para bien del Reino.

Pastoral juvenil en clave de grupo hacia la comunidad

Ahondar en la identidad filial de los jóvenes no puede sino desembocar en una vivencia comunitaria-fraterna. El hecho de que muchos jóvenes se identifiquen creyentes de una manera individual y privada es señal de que algo no va bien. Aquí encontramos una pregunta determinante para la pastoral juvenil: ¿tienen desembocadura nuestros procesos de pastoral? La triste realidad es que muchos grupos mueren y se diluyen precisamente en el momento en que tienen que plantearse las decisiones serias en la vida. Es urgente ofrecer itinerarios donde los grupos se sepan en camino a la comunidad y tengan la referencia de comunidades que van por delante. Convocamos a los jóvenes, hacemos una propuesta de conocer a Jesús, etc, pero luego no ofrecemos continuidad en los procesos y la experiencia de fe queda relegada a la edad juvenil. Esto exige la presencia de unas comunidades cercanas, cálidas y acogedoras donde los jóvenes puedan asomarse y “tocar” la vida cristiana. Hoy en día estamos cansados de escuchar que la propuesta cristiana únicamente será creíble y atractiva en la medida en que pueda ofrecer espacios y ámbitos donde podamos decir al joven: “ven y verás”. En este proceso de iniciación en la fe es del todo crucial ofrecer experiencias comunitarias de manera que el joven saboree la frescura de la vida fraterna en sus distintas dimensiones: oración, fraternidad, misión, etc.

Pastoral juvenil en clave de discernimiento vocacional

La necesidad de buscar un proyecto vital en la vida es tarea de primer orden para muchos jóvenes. Lo que está en juego no es un aspecto periférico de la vida sino su orientación global, su dimensión vocacional: ¿quién soy? ¿a qué voy a entregar mi vida? En la pastoral con jóvenes no estamos hablando de entretenernos con algunos temas más o menos interesantes sino en entrar de lleno en

la orientación que cada joven da a su vida. “La pastoral ha de posibilitar que el joven realice su vida desde la fe y descubra en ella el núcleo central de máximo valor a partir del cual pueda plantearse y vivir toda su existencia, e integrarse plenamente en la comunidad cristiana según su propia vocación y ministerio”¹¹. La dimensión vocacional es algo que debe estar necesariamente presente en los procesos de fe. A la hora de plantearse la vocación son fundamentales dos experiencias: la oración y el encuentro con el pobre. En la disponibilidad al querer del Padre se fragua la garantía de la identidad filial: Padre, ¿dónde te puedo servir más y mejor? La filiación, por tanto, pone al joven en una tesitura de descentramiento de sí mismo muy fuerte, que le hace vivir referido no a sí mismo sino al Otro y a los otros. La pregunta que nos tenemos que hacer es evidente: ¿propician nuestros procesos de fe que el joven llegue a plantearse su vida en disponibilidad a la voluntad del Padre descubierta en las necesidades del mundo y de la Iglesia? La filiación, por tanto, desemboca en disponibilidad.

Pedagogía del don: proyecto y tarea

Sabiendo que la fe es don pero que pide nuestra respuesta, nos inclinamos por hacer pivotar la pastoral con jóvenes sobre el don y no sobre el comportamiento. Es muy distinto entender y ofrecer la pastoral desde la clave de “para ser cristiano tienes que...” a hacerlo desde la clave de “eres hijo de Dios, ánimo a vivir desde eso que ya eres”. Poder acompañar a los jóvenes a que en lo más profundo de su ser puedan descubrir y acoger la identidad filial que el Padre les regala como la verdad última y definitiva sobre sus vidas es un punto capital. Si bien es importante acompañar al joven a descubrir y acoger su identidad filial, se hace del todo imprescindible hacerle descubrir que esa identidad está llamada a ser desplegada. ¿Cómo se despliega la identidad filial? La referencia no puede ser otra: miremos a Jesús y veamos en qué se traduce su

11 CEAS, Jóvenes en la Iglesia, cristianos en el mundo. Proyecto marco de pastoral de juventud. Edice, 1992, introducción a la II parte.

vida de Hijo. Esto nos indica que en los procesos de iniciación en la fe a los jóvenes tenemos que ir posibilitándoles que se ejerciten experiencialmente en las distintas dimensiones de la vida de Jesús: la oracional, la misionera, la comunitaria, etc. En la medida en que el joven vaya iniciándose en esto estará desplegando en su vida la imagen del Hijo, imagen que Dios ha puesto en nosotros. Esa es precisamente nuestra vocación: permitir que la identidad filial del Hijo se encarne en nuestra humanidad.

Personalización de la fe

Tomando como punto de partida que la meta de la educación de la fe es que el joven se adhiera vitalmente a Jesús y viva disponible al querer de Dios, tendremos que buscar las mejores herramientas para ello. En este sentido, el acompañamiento espiritual es un medio privilegiado para que el joven vaya creciendo en el seguimiento de Jesús. Los jóvenes demandan a gritos referentes cercanos que les acompañen, lo que requiere una presencia continuada que facilita y permite caminar con ellos. Atender la singularidad de cada joven significa acompañar sus búsquedas, dudas, interrogantes, decisiones, posibilidades, etc., y bien sabemos que esto no se da de forma lineal y progresiva sino con avances y retrocesos en un proceso largo y sin demasiadas garantías de que las cosas vayan a ir como nosotros queremos o pensamos. Aquí encontramos una clave importante: el equilibrio entre el respeto al ritmo del joven y el empuje para que vaya dando pasos en el camino de la fe. Tan desacertado es el rigorismo que no acepta los retrocesos de los jóvenes como el laxismo que recoge con indiferencia los avances o retrocesos de los jóvenes en su itinerario de fe. Acompañar la fe no significa otra cosa sino acompañar la vida entera del joven a la luz del paso de Dios. El contenido del acompañamiento es, por tanto, la vida del joven, pero leída desde las claves evangélicas. Desde aquí se comprende la trascendencia que adquiere el ministerio de acompañante, llamado a ser mediación que facilite al joven el reconocimiento y apertura al querer de Dios.

CONCLUSIONES

“¡Enseñanos al Padre! ¡Enseñanos al Hijo! Sólo a través de esa revelación entramos en la filiación divina y en la fraternidad con el Hijo, y ésta es la experiencia cristiana clave. Verdadero principio y fundamento. A menudo nos dedicamos a inculcar deberes y normas, mandatos y prohibiciones, cumplimientos y observancias, mientras nos olvidamos de la experiencia fundante”¹². Creemos firmemente que la vida filial puede dar respuesta a la búsqueda de identidad de tantos y tantos jóvenes, al mismo tiempo que les ayuda a unificar sus vidas en torno a un proyecto que aglutine sus mejores deseos y energías: la voluntad del Padre. Estas páginas quieren ser una llamada de atención a la labor pastoral con los jóvenes para que sea una pastoral en clave de relación. Acoger la identidad filial no es algo anecdótico o secundario en la vida creyente sino que hace alusión a lo radical, al ser, a nuestra verdad más honda y profunda. La labor pastoral con los jóvenes debe, por tanto, facilitarles ámbitos experienciales donde puedan conocer, acoger y vivir su identidad filial. Para ello se hace del todo imprescindible centrar nuestra atención en la identidad filial de Jesús. No es suficiente con unirnos a la causa de Jesús - tentación de la pastoral con jóvenes con un alto peaje -, sino que necesitamos “asomarnos a la existencia filial de Jesús”.¹³ ¡Ojalá nuestros procesos de pastoral lleven a muchos jóvenes a descubrir, acoger y vivir su identidad filial en disponibilidad a la voluntad del Padre!

12 L.Alonso Schoekel, Dios Padre, Sal Terrae, Santander, 1994, 12.

13 Benedicto XVI, Jesús de Nazaret I, Desde el Bautismo a la Transfiguración, 2007, 29.

